

### **33MEM: Retiro Inicial**

En mi lápida, quiero que se inscriba esto: *"No hay mal que por bien no venga."* Esto ha sido una piedra angular de mi predicación. Este proverbio expresa el misterio central de nuestra fe cristiana: el Misterio Pascual. En pocas palabras, el Misterio Pascual es el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Es la prueba definitiva de que Dios no desperdicia nuestro dolor. En la cruz, ocurrió el peor "mal" posible: matamos a Dios. Pero produjo el mayor "bien" posible: nuestra salvación. Si Dios puede tomar el asesinato literal de sí mismo y convertirlo en salvación, entonces Él puede redimir cualquier cosa. El Misterio Pascual nos dice que el sufrimiento no es un callejón sin salida, sino un pasadizo hacia una vida nueva.

Como cristianos, profesamos cinco verdades fundamentales sobre Dios. Construimos nuestra fe desde los cimientos:

1. **Dios existe.**
2. **Dios es todopoderoso.**
3. **Dios es infinitamente sabio.**
4. **Dios es infinitamente bueno.**
5. **Dios es todo amor.**

Tal como lo reveló Jesucristo, confiamos en que Dios es un Padre poderoso, sabio, bueno y amoroso, y en Cristo Jesús, somos Sus hijos amados. Pero cuando llega el sufrimiento, esas cinco creencias se someten a prueba.

El sufrimiento rara vez destruye la fe de una persona de un solo tirón. Lo hace poco a poco, derriba la casa desde el techo hasta los cimientos. Desentraña nuestra fe de arriba hacia abajo, convirtiendo la realidad de nuestro dolor en un argumento lógico contra la naturaleza de Dios.

Primero, nos sentimos abandonados y nos vemos obligados a preguntar: "Si Dios es todo amor, ¿por qué permite el odio y la angustia?" Luego, el universo se siente cruel: "Si Dios es infinitamente bueno, ¿por qué permite que nos pasen cosas malas?" Luego nos confundimos: "Si Dios es infinitamente sabio, ¿por qué suceden cosas que parecen no tener sentido?" Luego, nos sentimos completamente impotentes: "Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no ejerce su poder para prevenir o eliminar el dolor?" Hasta que finalmente, los cimientos se derrumban por completo y nos volvemos hacia la incredulidad:

“¿Acaso Dios existe? Si Dios existe pero no es lo suficientemente poderoso, sabio, bueno o amoroso como para detener nuestro sufrimiento, ¿para qué preocuparse por creer en Él?”

En medio de estos sentimientos naturales de abandono, mientras el mundo se siente cruel y confuso, y nos quedamos desamparados, perdemos nuestra fe. Cuando perdemos la fe, perdemos la esperanza. Y sin esperanza, caemos en la desesperación. **El curso natural de la incredulidad es la desesperanza.**

Cuando sucede lo “malo”, nos vemos obligados a preguntarnos: ¿Sigo creyendo? Si la respuesta es “no”, estamos condenados a la desesperación. Elegir la incredulidad sería aceptar que nuestro dolor no tiene propósito, significado, ni redención. La desesperación no ofrece nada al corazón humano. Es un callejón sin salida o, mejor expresado en inglés, “dead end”, literalmente traducido como “muerte final.”

Entonces, ¿sigo creyendo? Sí. Elijo “sí” porque es la única alternativa ante la desesperación. Elijo creer porque la fe mantiene la puerta abierta a la esperanza, mientras que no creer la cierra de golpe. Pero elegir decir “sí” nos obliga a enfrentar un misterio: ¿cómo le encontramos sentido a un Dios poderoso, sabio, bueno y amoroso en un mundo lleno de sufrimiento?

**La respuesta exige un cambio radical en nuestra comprensión del sufrimiento.** El mundo nos dice que el sufrimiento es un mal, un fallo en una vida que se supone debería ser perfecta. Debido a que el mundo ve el sufrimiento como algo completamente inútil, su único consejo es evitarlo, ocultarlo, adormecerlo o escapar de él. Se nos enseña a tratar nuestro dolor como basura, algo que debe desecharse lo más rápido posible. Y si no puedes solucionarlo ni escapar de él, el mundo te dice: aguanta, soporta y sobrevive.

Pero Dios nos invita a hacer algo completamente diferente. Cuando Dios mira nuestro dolor, no ve basura para desechar; ve materia prima. Piensa en un artista frente a un lienzo enorme: no se limita a usar solo colores vivos y brillantes. Toma intencionalmente los colores oscuros para crear sombra, profundidad y contraste en su obra maestra. Dios hace lo mismo con nuestras vidas. La respuesta de Dios al sufrimiento no es solo darnos fortaleza para

soportarlo. Su respuesta es infinitamente más poderosa: **nuestro sufrimiento está destinado a transformarse en una ofrenda.**

Pero, ¿cómo hacemos eso realmente? ¿Cómo se vuelve santo mi corazón roto, mi enfermedad o mi dolor? No podemos hacerlo por nuestra cuenta. Nuestro dolor solo gana poder redentor por la gracia de Dios cuando se une a Jesucristo. El lugar principal donde esto sucede es la celebración eucarística.

Cuando vamos a Misa, no solo llevamos nuestras oraciones; llevamos nuestro quebrantado corazón. Colocamos nuestros sufrimientos en el altar junto al pan y al vino. Unimos nuestro dolor al Señor Eucarístico, quien ofrece activamente los sufrimientos de todo el mundo al Padre. A través de la Eucaristía, nuestro dolor sin sentido es absorbido por el sentido del sacrificio perfecto de Cristo.

Ahora bien, tenemos que hacer una pausa aquí porque esto plantea un profundo misterio teológico. ¿Fue suficiente el sacrificio de Cristo en la cruz? Sí. Fue perfecto. Se hizo de una vez por todas y redimió **objetivamente** al mundo. Jesús no necesita nuestra ayuda para salvarnos. Y, sin embargo, en Su misteriosa voluntad, Dios desea nuestra participación **subjetiva**. San Pablo captura esta asombrosa realidad en su carta a los Colosenses cuando escribe: *“Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las aflicciones de Cristo...”* (Col 1, 24). ¿Qué podría estar “faltando” en el sacrificio perfecto de la cruz?

La palabra griega original que usa San Pablo aquí tiene la clave: *antanaplēroō*. Significa “completar a su turno” o “suministrar una pieza faltante”. Cristo otorgó la gracia infinita y salvadora, pero, por Su propio designio divino, la ofrenda se deja abierta. La ofrenda perfecta de Cristo es, en cierto sentido, “incompleta” si no formo parte de ella.

Él dejó intencionalmente un espacio en la cruz para ti y para mí. Dios desea que lo aceptemos, participemos en él, lo encarnemos en nuestras propias vidas y aportemos nuestro dolor a Su obra salvadora. Entender esto es clave para comprender plenamente el poder de la Eucaristía. **La Eucaristía es el medio que Dios nos ha dado para convertir nuestros sufrimientos en ofrendas.**

Cuando hacemos esto —cuando transformamos nuestro sufrimiento en una ofrenda a través de la Eucaristía— logramos tres cosas profundas:

1. **Por nuestro propio bienestar:** nos evita amargarnos. Sana nuestros corazones dándoles un propósito a nuestro dolor, que es la única verdadera alternativa a la desesperación.
2. **Por el bien de los demás:** Cuando convertimos nuestros sufrimientos en una ofrenda, estos se convierten en un canal de gracia para quienes lo necesitan desesperadamente, especialmente para nuestros seres queridos.

Para entender cómo funciona esto realmente, la Iglesia usa dos profundos términos teológicos: **mérito condigno** y **mérito congruo**. Simplemente describen la hermosa asociación entre el poder infinito de Dios y nuestro dolor personal.

- El **mérito condigno** pertenece solo a Jesucristo. *Condigno* significa que se merece estrictamente por derecho y justicia. Debido a que Jesús es Dios, Su sacrificio perfecto y sin pecado en la cruz ganó un océano infinito de gracia. Él tiene el derecho absoluto a esa gracia. Él pagó por ella por completo.
- El **mérito congruo** nos pertenece a nosotros. *Congruo* significa "adecuado" u "oportuno". Tú y yo no podemos ganar estrictamente la gracia o la salvación para nadie: nuestro dolor no tiene el poder de salvar por sí solo. Pero cuando unimos nuestro sufrimiento a la cruz, nos convertimos en colaboradores de Dios mediante nuestra participación subjetiva. Es profundamente adecuado que el Padre, al recibir nuestros sufrimientos convertidos en ofrendas unidos al Señor Eucarístico, y los utilice para derramar gracias en nosotros.

Piénsalo como un depósito infinito. El **mérito condigno** de Cristo es el agua: el suministro interminable y objetivo de gracia salvadora que solo Él proporciona por derecho. Pero nuestro **mérito congruo**— nuestras pequeñas y fieles ofrendas de dolor diario unidas a la Eucaristía— actúa como la llave que abre el grifo de agua. Cuando ofreces tu corazón roto, tu soledad o tu enfermedad por un ser querido extraviado, tu mérito congruo

gira la manija. Abre las compuertas, permitiendo que las gracias condignas de Cristo fluyan directamente y con poder a sus vidas.

3. **Por la salvación del mundo:** Por el poder del Espíritu Santo, realmente participamos en la obra continua de Cristo Jesús para salvar almas. Cuando sufrimos bien y lo unimos al altar, estamos ayudando a llevar a otros al cielo.

Esto no es solo un concepto teológico; es un estilo y una forma de vida. De hecho, es la misión de los Misioneros Eucarísticos Marianos (MEM): **transformar los sufrimientos en ofrendas a través del Señor Eucarístico para la salvación de los demás.**

Para saber cómo se ve esto realmente en carne y hueso, miramos a **María**. Si alguien tenía derecho a desesperarse, era ella. Tuvo que soportar el peor “mal”: ver a su Hijo inocente ser torturado y asesinado. Simeón había profetizado que una espada traspasaría su corazón, y en el Calvario, esa espada fue retorcida.

Pero mira lo que hace María al pie de la cruz. En medio de la multitud que gritaba, de los soldados que se burlaban y del horror absoluto de ese día, ella no huye. No se esconde. No intenta adormecer el dolor. El Evangelio de Juan nos dice que ella *estaba de pie* junto a la cruz. La palabra griega empleada aquí implica adoptar una posición. Ella adoptó la postura de la fe: seguir creyendo cuando el mundo entero se oscureció.

María no podía bajar físicamente a Jesús de la cruz. No podía detener la crucifixión. Pero incluso si pudiera, ¿lo habría detenido? ¿Sabiendo que esto es lo que Jesús dijo que vino a hacer desde el principio? En cambio, hizo algo profundamente poderoso. Desafiando la comprensión del mundo sobre el sufrimiento, por el poder del Espíritu Santo, ella unió deliberadamente su agonizante dolor emocional al sufrimiento físico de su Hijo.

Si alguna vez has visto la Cruz de la Unidad de Schoenstatt, esta captura lo capta a la perfección. Representa a María de pie al pie de la cruz, pero no con las manos vacías. Sostiene un cáliz en alto cerca de Su corazón traspasado. En ese momento, María actúa de manera muy parecida a un diácono en la Misa. Así como el diácono está junto al sacerdote en el altar y



levanta el cáliz, María está junto a Jesús, el Sumo Sacerdote eterno. Ella no solo está allí para recibir la inundación de agua y sangre que brota de Su costado, sino también para ofrecerla activamente al Padre, mezclada con la ofrenda congrua de su propio corazón traspasado.

María es el modelo absoluto de todo lo que acabamos de hablar. El sufrimiento de Cristo en esa cruz fue el **mérito condigno**: el océano infinito de gracia que salvó al mundo. Pero la ofrenda fiel y agonizante de María de ese cáliz fue el máximo **mérito congruo**. A través de su profundo sufrimiento, participó en la redención de la humanidad más íntimamente que cualquier otra criatura en la historia.

Es precisamente por esto que la Eucaristía es el memorial perpetuo de nuestra fe. El Calvario no es solo un evento trágico atrapado en el pasado; se hace presente en el altar de cada Misa. La Eucaristía es el medio que Dios nos ha dado para unir nuestro sufrimiento a Cristo por el bien de los demás. Vivir la misión de un Misionero Eucarístico Mariano —que es, en verdad, la misión de todo cristiano— es estar de pie exactamente donde María estuvo y hacer exactamente lo que María hizo.

Cuando tu corazón esté roto, cuando recibas un diagnóstico terrible, cuando tu familia se desmorone, ante desastres naturales, no tienes que caer en la desesperación. Puedes mantenerte firme. Puedes estar de pie al pie de la cruz, colocar espiritualmente tu dolor en el cáliz sobre el altar y decir: *"Señor, no puedo arreglar esto. Pero al igual que María, te ofrezco este corazón traspasado. Úsalo para salvar almas"*.